talaya y fortaleza, la invocación a la Purísima Madre de Dios en el santo Rosario. Por último, con autoridad de Maestro universal, hace brillar a la vista del mundo el ideal sublime de la Teología con respecto a Sr. San José, aquel ideal que iluminó a Pío IX para constituirlo Patrono de la Iglesia Universal, declarando ambos Pontífices al humilde Obrero de Nazaret, elevado sobre todas las jerarquías angélicas y ocupando en dignidad el lugar siguiente al de la Madre de Dios.

notes atempte and a * * to arrive our oldstan

Quisiera seguir estudiando al inmortal Pontífice en las resoluciones que diera al problema social, problema aterrador que ha llenado de espanto y amenaza destruir por completo la sociedad humana; pero me falta tiempo para ello; y sólo diré algo relativo a la cuestión obrera.

¡La cuestión obrera! ¡Ah! Señores, este es el problema acaso el más pavoroso de la sociedad actual. La tremenda avidez de oro, la intemperancia incomparable de placer y de dominio con que el positivismo y libre pensamiento han envenenado a las sociedades, vienen produciendo la tiranía despótica y el pauperismo. Como en tiempo de la grandeza física del Imperio Romano, a nuestros oídos llegan a la vez las alegrías degradantes, miserables, de multitud de Cresos v los desgarradores gemidos de los esclavos.....; Ah! que espectáculo tan triste, caer los pobres, los hijos de Dios, los predilectos de Jesucristo en poder de hombres que no ven nunca hacia el cielo; que no conocen el Calvario..... ¡Qué terrible será el juicio y el castigo del cielo sobre los que sacrifican a los pobres! Mas, ¡qué tremendo será también este juicio contra los pobres que usan medios reprobados para remediar su penosa situación, llenando la sociedad de lágrimas y de infortunios incontables!

Ved cómo el Señor León XIII resuelve este difícil problema, enlazando el trabajo y al obrero, el palacio

y el taller con la caridad, con el santo amor cristiano. Patronos v obreros, les dice, no os olvidéis del cielo v del Calvario. Acordaos de que los cristianos todos somos hermanos, redimidos con la misma sangre preciosa, herederos de la misma gloria. Patronos, sed humanos, caritativos; respetad en el hombre la dignidad humana. Obreros, respetad la lev del trabajo, resignaos gustosos con la posición que la Providencia os ha concedido; no olvidéis que Jesucristo honró la pobreza, no teniendo El ni donde reclinar la cabeza. No olvidéis que la igualdad aritmética de las clases sociales es un absurdo en la ciencia y en la historia. Propone también su Santidad como grandes medios para evitar los desórdenes del socialismo y de la anarquía, la institución de escuelas católicas, de talleres cristianos y de asociaciones de obreros.

Así cumplió, señores, el gran Pontífice, el inmortal León XIII, su misión eminentemente civilizadora.

A León XIII sucede el humildísimo Pío X, que sin desconocer la grandeza y la sublimidad del Pontificado, desciende con su sencillez hasta las últimas esferas sociales, para ganar todos los corazones y restaurar todas las cosas en Cristo. A tan humilde a la vez que sabio Pontífice, no podía escaparse la dificilisima situación en que empuñaba las riendas del gobierno de la Iglesia. La ciencia suspendida entre el idealismo escéptico y el positivismo materialista, empuja a las sociedades, a las familias, a los individuos al abismo horrendo de la desesperación escéptica, o a la desconsoladora tumba de la desesperación materialista. Pobre humanidad, que has querido tener por maestros, o al idealismo germánico, que a fuerza de quererte hacer Dios te ha hecho un fenómeno, la estatua de la nada, vista a través de las espesas nubes del sueño..... o al positivismo latino, que empeñado en hacerte gozar y siempre gozar..... jay! después del gran gemido de la muerte, te presenta por único cielo la tumba, por único laurel la corrupción del sepulcro; laurel que igua-

la al héroe y al traidor, al santo y al criminal, al mártir v al renegado..... Por esto, Señores, nuestro Señor Jesucristo, único Salvador de la humanidad, suscitó para gobernar la Iglesia, después de León XIII, un Pontifice humilde, santo, sabio, que acude para salvar al mundo, no al Areópago, no a las famosas escuelas del Liceo o de la Academia, no a las teogonías de Oriente, ni a la escuela crítica, ni a la materialista; sino sencillamente al Catecismo, ordenando que lo estudien con empeño y constancia los pequeños y los grandes; los ignorantes y los sabios. Por último, con inspiración verdaderamente divina, manda recopilar y ordenar todas las leves de la Iglesia, en un Nuevo Código, monumento imperecedero, columna indestructible desde la cual el Magisterio de la Iglesia iluminará a todas las naciones.

No tengo para qué hablaros del Pontificado del Sr. Benedicto XV, que actualmente gobierna la Iglesia. Vosotros sabéis que desde el día en que subió a la Cátedra de San Pedro, su corazón de padre ha sufrido hondamente a causa de los horribles sacudimientos que han venido agitando a todos los pueblos de la tierra y que, con tino verdaderamente admirable y con prudencia de todos reconocida, ha venido ofreciendo a los pueblos y a los individuos la verdadera paz de Cristo. Vosotros sabéis también, que a pesar de sus incontables penas, consuela y alienta a todos los que sufren. Por eso ha dirigido palabras de aprobación, de santa resignación y de consoladoras esperanzas a los Prelados Mexicanos tan injustamente perseguidos y humilados.

Con rápida ojeada hemos visto, Señores, la grandeza incomparable y la gloria esplendente del Pontificado en el mundo, y en especial la acción majestuosa y sublime de los últimos Pontífices en el desenvolvimiento de la Religión, de las Ciencias, de la sociedad en el actual momento histórico.

¡Ah, Señores! debemos estar intimamente persua-

didos de que el Pontificado ha abierto en todos los tiempos con las llaves recibidas del Divino Salvador, las puertas de los grandes problemas religiosos, sociológicos, científicos y artísticos; presentando la única solución, para que en las sociedades reinen la unión, la verdad, la virtud, el orden y la paz; y la humanidad impelida por el soplo prepotente y divino del cielo, avance siempre por la senda florida del progreso cristiano.

Ilmos, v Rmos, Señores Obispos, respetabilísimos Padres Sinodales: Ya que nos cabe la honra altísima de celebrar el primer Sínodo Diocesano de Aguascalientes, no olvidemos que nos incumbe la obligación de resolver, más o menos los mismos grandes problemas que ha resuelto el Pontificado en el mundo; no olvidemos que sólo aplicando a nuestra sociedad los ideales, los medios todos que presenta el Magisterio de la Iglesia, podremos libertar a estos pueblos, que va comienzan a ser invadidos por las corrientes positivistas, de los inmensos males del egoísmo, de la fiebre de placer, del hambre de oro, y finalmente de esa catástrofe desesperante que se llama indiferencia religiosa v ambición terrenal. ¡Ah, Señores! no olvidemos que el Juez Supremo nos pedirá cuenta, tanto de lo que hubiéremos hecho, como de lo que hubiéremos dejado de hacer en este Sínodo v que el medio más seguro de evitarnos inmensa responsabilidad, es seguir el camino trazado por el Pontificado. ¡Sigámoslo en todo!

Pueblo creyente, conserva como el tesoro más rico la Santa Religión, la virtud, el amor cristiano. Respeta profundamente al Sacerdocio católico en su majestuosa jerarquía: a los Presbíteros, a los Obispos, al Sumo Pontífice. Pueblo cristiano, levanta ferviente plegaria al trono de María, para que acaricie dulcemente y bendiga a nuestro dignísimo Prelado, que trabaja incansable por dar brillo y gloria imperecedera a la Iglesia de Aguascalientes.

Postrémonos ya ante el trono de la Sabiduría In-

creada y formulemos ardiente plegaria: Espíritu Divino, fuente purísima de verdad, dígnate darnos un rayo de luz, de ciencia, de amor celestial, para desempeñar con acierto la misión importantísima que nos incumbe en los actuales momentos. Somos responsables ante Dios, ante la Iglesia, ante la Patria, de los trascendentales asuntos que se van a discutir, y sin tu auxilio, caminaríamos por entre sombras, por entre espesas tinieblas. Para obtener tan señaladas gracias, hemos puesto toda nuestra confianza en la Reina amantísima de México a la que consagramos nuestros trabajos. Virgen Santísima de Guadalupe, "monstra Te esse Matrem."

→ SERMON ←

predicado en la última Sesión del Sínodo, por el Sr. Consultor
y Párroco D. Alfonso Maldonado.

Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus. Ps. C. X. VII., I.

Ilmos. y Rmos. Sres. Obispos, PP. Sinodales, dilectísimos hermanos:

Muy solemne por cierto es la presente ocasión, en que tengo a honra muy singular el dirigiros la palabra. No debiera ser yo quien desempeñara tan honrosa y delicada función, porque aparte de mi incapacidad para elevarme a la altura de este grandioso acto, no soy veterano en el arte de bien decir, ni poseo la sublime inspiración del Aguila de Patmos, la palabra vibrante del predicador del Areópago, la profundidad maravillosa del Sol de Aquino, ni la dulce y persuasiva frase del Pontífice del Claraval. Sin embargo, aliento en mi ánimo una aspiración gigante y un sentimiento íntimo, rico y preciado patrimonio, bella e inestimable

herencia del cielo, en virtud de la cual acometo las más árduas empresas y obedezco los más improbos mandatos: la gloria del Señor y la conciencia del deber. [Ah! Por esto, al ser honrado con esta inmerecida comisión, no vacilo porque sé muy bien que laboro en mi pequeñez para magnificar, como el Patriarca de Manresa y el Serafín de Asís, a Aquel que, sentado sobre su trono de gloria, recibe el homenaje incesante de todos por los siglos de los siglos.

Unidos por los lazos de oro de la ciencia verdadera y de la piedad más pura, y cobijados por la misma hospitalaria techumbre, estamos aquí en mancomunidad preciosa, irradiando nuestros rostros la luz resplandeciente de la verdad e impulsando a nuestros corazones el bendito fuego de la virtud. Formamos aquí una Honorable Asamblea, presidida v encabezada por el Pontifice de la Iglesia de Aguascalientes; una Corporación Ilustre de ideas rectas, aspiraciones legítimas, ordenadas y bendecidas por la acción civilizadora de la Esposa del Cordero. Estamos aquí saboreando con delicia la feliz v halagadora realización de nuestras más lisonjeras esperanzas. Estamos aquí ya en la solución del abstruso problema que atañe al bienestar positivo de la Diócesi; en el término de nuestras tareas sinodales; en la meta de nuestros ensueños; y en la satisfacción cumplida de nuestros fervientes votos. Estamos aquí después de haber recorrido nuestras plantas senderos espinosos y quebrados, en las distintas direcciones del mundo social, según la ordenación divina; después de múltiples escollos en nuestra vida clerical; después de furiosas tempestades deshechas sobre nuestras cabezas.

¡Ay! ¡cuántas terribles luchas, cuántos infortunios, cuántas lágrimas, que han dejado tras de nosotros un reguero bien marcado......!

Y a pesar de todo....., estamos aquí..... constituídos bajo la egida de María y con la virtud del Providente Dios en Primer Sínodo Diocesano. ¡Ah! Esto nos En desbordamientos purísimos de amor, en emociones sublimes de gratitud, venimos en esta vez a cantar mil himnos de gloria, en hacimiento de gracias por los beneficios cuantiosos y especialísimos con que la Diócesi de Aguascalientes ha sido enriquecida por la munificencia del Dios de las bondades, con distinción singular.

Este es nuestro objeto. Por eso en la tercera y última sesión del primer Sínodo Diocesano de Aguascalientes, el Ilmo. y Rmo. Prelado de la Diócesi, en unión de todo el Clero secular y regular y del pueblo fiel, levanta la voz y a semejanza del Real Vidente exclama: "Confitemini Domino....." y rinde digno y cumplido homenaje de agradecimiento.

¡Oh, María! de tus purpurinos labios brotó cual nítida cascada de perlas nacarinas un cántico de amor, un himno de profunda gratitud, que fué la expresión genuina de tus nobilísimos afectos. En medio del más profundo anonadamiento de tu ser y pletórica el alma de santo regocijo prorrumpiste con efusión de tu alma en estas expresiones sublimes: Magnificat...... Hoy pues a porfía nos unimos a tus sentimientos y te rogamos, oh Madre, que nos enseñes a ser siempre agradecidos.—Ave, María.

Confitemini etc.

La sucinta relación de los beneficios recibidos probará a las claras cuán señalados hemos sido por la amorosa solicitud paternal de Ntro. Dios.

Una merced exquisita, que se negara a muchos, es a no dudarlo, el haber podido disfrutar de salud y vida hasta el momento presente. ¡Cuántos que hacían gala de su vigor, fuerza y robustez, de su excelente salud y se prometían seguir avantes en el curso de sus días, sucumbieron ya por súbita extinción de su existencia y quedaron para siempre frustradas sus aspiraciones y deseos! Y nosotros tal vez con menos títulos que ellos, aun vivimos, aun se conserva incólume nuestro ser hasta el instante actual, a pesar de los innúmeros peligros en que nos hemos encontrado y de los cuales sólo la benevolencia del Señor nos ha puesto a salvo.

Adversarios visibles e invisibles que tenazmente conspiraran contra nuestra seguridad, por doquiera nos han acometido: los elementos con frecuencia en alevosa rebelión; el ambiente saturado de miasmas deletéreos; el influjo nocivo de los agentes naturales puestos a veces en desorden; la malignidad de muchos que por desgracia perpetúan, tinta en sangre, la horripilante tradición del asesino de Abel. En resumen: nuestra vida rodeada de múltiples insidias; nuestra existencia expuesta a inminentes riesgos de perderse para siempre; y sin embargo, todavía nos hallamos inscritos en el catálogo de los vivos.

Este es el radical y más insigne beneficio y la síntesis de todos los favores que liberalmente nos ha concedido Ntro. Buen Dios, en el orden temporal.

Por eso hoy juntamos nuestros acentos a la vigorosa voz del Profeta de testas coronadas, para bendecir al Omnipotente por esta merced capital y exclamamos entusiastas: "Non mortui laudabunt te, Domine...... nos qui vivimus, benedicimus Dno."

Aumenta nuestro reconocimiento hacia el Altísimo Dios, cuando ponemos en parangón nuestra afortunada suerte, con la funesta de miriadas de hermanos nuestros que fueron presa de las espantosas desgracias publicas, las calamidades que sin piedad se cirnieron sobre el Viejo Continente, ¿qué digo? sobre nuestra misma cara Patria, sobre nuestra amada República! ¡Cuántas posesiones fueron diezmadas por terrible crisis económica! ¡Cuántos egoísmos que, cual viento glacial y devastador talaran por completo los campos de la sociedad y disiparan las lisonjeras esperanzas de recolección de ópimos frutos y dejaran en la indigencia a

multitudes sedientas de verdad y de justicia! ¡Cuántas envidias y avaricias, que como fenómenos sísmicos, hicieran bambolear desde sus cimientos los soberbios edificios de las instituciones humanas; sepultaran bajo colosal hacinamiento de escombros a miles de seres y arruinaran pingües patrimonios! ¡Cuántas pasiones desenfrenadas, que, como vórtice desencadenado que se lanza sobre indefensa caravana en el desierto o torrente que se despeña airado y henchido de furor, se arrojaran con voracidad insaciable sobre pacíficas, dormidas e indefensas poblaciones v en un momento las absorvieran y las transformaran en dilatados cementerios! ¡Cuántas víctimas asiera entre sus garras el hambre con todos sus horrores, consiguientes a estos luctuosos acontecimientos! ¡Cuántos aves lastimeros llegaron a herir entonces nuestros oídos! ¡Cuánto luto y desolación en las soberbias capitales, en las humildes aldeas, en los suntuosos palacios y en los desmantelados tugurios, que venía sembrando implacable la Parca cruel al tronchar existencias tiernas, vidas lozanas, afecciones muy caras! ¡Cuántas esperanzas y proyectos se hundieron para siempre en el sepulcro, para quedar cubiertos bajo la loza de la indiferencia y del olvido! ¡Cuántos desastres, en fin, por la guerra, la miseria y la epidemia! Mirad.....: ahí tenéis testigos irrecusables de esta verdad amarga. La Francia....., la floreciente Bélgica....., la Rusia....., el territorio Británico....., el Germánico..... y la España de abolengo muy ilustre; y en nuestro propio suelo.....: Chihuahua....., Nuevo León...., Tamaulipas...., Zacatecas...., Guanajuato...., San Luis...., México...., Jalisco....; pero..... basta.

La ira de Dios se cirnió inexorable sobre esas regiones: el azote del cielo se descargó terrible sobre nuestros hermanos: y Aguascalientes en toda su extensión, Aguascalientes, la tierra privilegiada ha sufrido menos, notablemente menos que otras regiones. Y paréceme haber visto cruzar el espacio y hendiendo con sus albeantes alas el aire, al angel exterminador, como en

otro tiempo, sobre la región del Egipto, pasando de largo sin herir de muerte a las huestes de Israel, a la porción escogida de Aguascalientes, por estar signada con la sangre del Cordero, y marcada con el buril del amor siempre fecundo y creciente de Jesús y de María.

Reconozcamos la generosidad del Señor para con nosotros y exclamemos con el Cantor del llanto en presencia de la Jerusalem, derruida: "Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti." Nuestra vida se ha aproximado mucho a los bordes del sepulcro.

Convencidos de esta verdad terrífica como llena de consuelo, no podemos menos que proferir estas frases con el Hijo de Sirach, embriagada el alma de honda gratitud: "Propterea confitebor et laudem dicam tibi. (Eccli. LI., 16. 17.)

Si ensanchamos los horizontes de nuestras reflexiones, podremos distinguir también cuán azarosa ha sido la vida colectiva, vida más interesante que la vida individual, la vida de la Patria. Asediada se ha visto por múltiples agentes destructores, que se avecinan a nosotros; se vió fluctuar nuestra existencia política y social en virtud del fuerte y momentáneo vaivén de ideas y de facciones. Agitada conmoción de todo el país, semejante al crujir de nimbus precursores de tempestad furiosa, anunció otra lucha, que del palenque de las ideas cambióse al de las pasiones, y la decantada Democracia arrolló a su paso los derechos más invulnerables.

También nosotros tuvimos que presenciar escenas desgarradoras, cuadros horripilantes, que han revelado el bajo nivel de la conciencia social. La perpetración atrevida de nefandos y atroces crímenes, no ya con solapada hipocresía, antes bien con manifiesto cinismo y patente descaro. La batahola infame en público ha gritado con delirio y frenesí dicterios y burdos sarcasmos contra la honradez y la virtud; el sanedrín de nuestro pueblo ha emitido fallos inícuos contra los más inalienables derechos; el áspid venenoso de

la concupiscencia ha despedido su hálito emponzoñado y ha inoculado su virus en el corazón de muchos, por medio de la pornografía más desvergonzada; la irreligiosidad más ridícula v grosera ha vomitado blasfemias horribles contra lo más santo y venerando, y ha zaherido con burla satánica y sangrienta la dignidad y el honor de los ministros del altar; la impiedad maldecida ha profanado los santuarios de la oración y los vasos consagrados al culto del Señor, cometiendo sacrilegios horrendos, con mayor audacia que Heliodoro v Baltasar; el sectarismo más vil v ultrajante ha infligido secuestros y violencias a los esclarecidos príncipes del Nuevo Israel, a los Dgmos. Mitrados Mexicanos, a los Obispos constituídos por el Espíritu Santo, para regir la Iglesia de Dios; y los ha hecho recorrer cargados de vejaciones v denuestos el camino del destierro, como los savones al Divino Nazareno el camino del Calvario, para gustar en él la hiel del desamparo, y la amargura del ostracismo.

¡He ahí la apoteósis del crimen; he ahí la glorificación de la inmoralidad; he ahí la deificación de la impiedad! Estas desgracias son inmensas y han consternado al país entero. "Las lágrimas han tenido que brotar de nuestros ojos y el dolor ha oprimido nuestro corazón (1) ante tamañas desventuras."

Mas no obstante, en medio de tantos infortunios y en el curso de esos nefastos días, hemos recibido, especialmente nosotros, mercedes mayores que los males que nos oprimían, las cuales han venido a oponer un valladar a esa corriente maldita.

Ahí tenemos, señores, la integridad de los buenos; la protesta enérgica y general contra aquel barullo del infierno; ahí, el reproche habido con entereza para vengar la injuria hecha a la equidad; ahí la unión vigorosa de las altas clases sociales para perseguir de muerte al torpe vampiro; ahí la expiación dolorida, ferviente y solemne de tantos ultrajes al Señor; ahí el entu-

siasmo religioso, el puro y santo patriotismo de paladines esforzados que tomaron la defensa de los fueros divinos y las vindicias de las personas sagradas, y cuyo ejemplo, cual perfume de delicada fragancia, alienta a las edades presentes y habrán de aspirarlo con delicia las póstumas.

Con esto, Señores, se solidificó más nuestra fe, se alentó más nuestra esperanza y se hizo más intensa nuestra caridad.

Y después de aciagos días, Dios Providente ha mandado la bonancible calma a nuestra querida Aguascalientes. La Virgencita India, dueña de nuestros íntimos amores, la Paloma del Anáhuac que ha hecho oir sus encantadores arrullos a las faldas del Tepeyac. "Vox turturis audita est in terra nostra," ha traído a nosotros el ramo de oliva y nos lo ha brindado con preferencia singular. ¡Bendita sea por siglos sempiternos la incomparable bondad de Ntro. Dios!

Nosotros, los primeros, hemos disfrutado de la suavidad v quietud de esos benditos días, que a otros no se otorgaran con largueza. Nosotros, los primeros, después de orfandad muy desolada, hubimos de estrechar con efusión del alma al Dgmo. Prelado que regentea nuestra Diócesi, al Padre amante que volvía al retrete de su amor, y se encontraba ya en medio de sus hijos, para impartirles muy de cerca sus ternuras v cuidados. Y vímosle escalar presuroso las gradas del altar de María para reclinar su frente en el regazo de su Madre v confiarle sin demora su suerte v la de su amada grev: v hace más de un año está en tierra propia donde pueda apovar con firmeza su cavado pastoral, mientras que otras Diócesis a la sazón deploraban y aun deploran la ausencia de sus queridos Obispos, de sus amados Pastores.

A muchos no les era permitido, ni siquiera como a los hebreos, desahogar sus ánimos y gemir y llorar sobre los muros derruidos de la ciudad y del templo de Sión; estaba vedado que sus sacerdotes penetraran

⁽¹⁾ Pastoral del Ilmo. Sr. Arzobispo de Bogotá con ocasión de fin de siglo.